



## PREGUNTAS CON RESPUESTA

### “PARA AUMENTAR LA FE”

#### ¿QUÉ SENTIDO TIENE LA MUERTE PARA UN CRISTIANO?

El sentido de la vida. Ésta sería la mejor respuesta. La muerte no es más que un tránsito, cruzar un espacio y seguir viviendo de una manera más perfecta, sin cambios ni alteraciones posibles.

Ante la muerte, el temor se une a la esperanza y el respeto al miedo. Se puede creer o no en la existencia del más allá, pero la existencia física de la desaparición de este mundo hace que se presente siempre un interrogante ineludible: ¿Todo se termina con la muerte? En lugar de responder a este interrogante, muchos prefieren soslayarlo y banalizar lo referente a la muerte y al más allá. Unos inventan paraísos materiales, otros prefieren la aniquilación total, los de mayor fantasía la reencarnación.

Tampoco puede olvidarse una actitud muy generalizada: el silencio. Preferible no hablar. ¿Por qué no se tienen ideas claras o porque se prefiere soslayar un asunto importante pero incomodo? El hombre siente el peso de su existencia y la aspiración a vivir una vida distinta y feliz, sin angustias ni “pesos” insoportables. La muerte no es sino cruzar la frontera hacia esa vida nueva. Es un eslabón diferente en esa cadena que enlaza el tiempo y la eternidad.

A nadie puede pasar desapercibido el hecho de la muerte. Quienes estuvieron aquí ya no lo están. De ellos se habla como de los que desaparecieron y no volverán a verse en este mundo. Fueron compañeros que nos precedieron en el camino.

De la propia muerte ese hace un discurso diferente. Siempre se mueren los otros. Parece como si la muerte llamara solo a la casa del vecino. Pero, antes o después, también visita la propia morada. Su visita es temida, más por los sufrimientos que pueda haber antes que por la inmortalidad que viene después. Porque nadie va a caer en la nada.

Nadie, se dice, ha vuelto de la muerte para decirnos lo que ha encontrado en el más allá. Es una prueba más del camino sin retorno de la vida. Se habla de unos estados especiales en los que se ha tenido la experiencia de estar pisando el umbral de la muerte. Se contempla algo distinto. Nadie se encontró con la nada. Por otra parte, el testimonio del que volviera sería difícilmente creíble. No comprenderíamos los términos en que nos hablara. Lo recordaba Jesús en la parábola del pobre Lázaro y el rico que, sepultado en el Hades, gritaba: Envía a uno que haya muerto a casa de padre y que hable a mis hermanos, para que les dé testimonio y no vengan ellos a este lugar de tormento. Ya se lo han dicho, replicó Abraham. Si no han creído a los profetas, tampoco se convertirán aunque un

muerto resucite (Lc 16).

Como origen y destino, Dios es la raíz de todo, de la vida y de la muerte. De Dios venimos. A Dios retornamos. Si en Dios se cree, ya no es posible pensar en un futuro sin Dios, sin vivir para siempre y con Él. La alianza entre Dios y la criatura no se romperá jamás.

Todos veremos la muerte, es compañera y destino. Pero no todo acaba con el momento en que llega para recoger el tributo del pecado. Dios, por la resurrección de Jesucristo, hará que el triunfo final sea el de la vida. De esta forma es como la muerte y la esperanza de resucitar están en la Biblia. Por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte (Rom. 5, 12). ¿Qué hombre podrá vivir sin ver la muerte? (Sal 89, 49). No es Dios quien hizo la muerte. Él todo lo creó para que subsistiera (Sab 1, 13-14). Cristo es el vencedor de la muerte. Si por el delito de uno solo reinó la muerte, por Jesucristo reinará la vida (Rom 5, 7).

En esta perspectiva de vivir para siempre es en la que hay que enfocar la muerte. Se teme la muerte, pero la hora del tránsito, para el hombre de fe, está revestida de esperanza. Para este momento se pide la misericordia de Dios y la intersección de María y de los santos.

En la vida y en la muerte somos del Señor, el que vivió por nosotros y resucitó. Dios se ha manifestado en Jesús y en Él nos ha dado la posibilidad de esa vida sin final. Nada de cuanto podemos decir sobre la vida y la muerte puede pensarse sin tener en cuenta el misterio de Cristo. No podéis entristeceros como aquellos que no tienen esperanza, recomienda san Pablo. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, de la misma manera Dios llevará consigo a quienes murieron en Jesús (1 Tes 4, 13-14). Habrá, eso sí, el equipaje que hay que llevar en este viaje de la eternidad: las obras son las que acompañan.

Todo cuanto se refiere a la muerte cristiana hay que revestirlo de una profunda espiritualidad, llenarlo de un incommensurable amor de Dios. Mas fuerte que el morir es el amor de quien nos ha dado la vida. Morir con la generosidad de Cristo, que en el último momento y en la cruz entrega su “espíritu” al Padre. En perfecta identificación con Dios: lo que tu me diste, te lo entrego.

Como para mí la vida es Cristo, el morir es un premio, decía san Pablo. Se comenzó a vivir con Cristo en el bautismo. Son muy bellas y consoladoras las palabras con que la Iglesia despide de este mundo a los difuntos: marcha en el nombre de Dios, que los ángeles te reciban. Que Cristo, el que murió por ti, te concederá la libertad verdadera. Y que contemples cara a cara a tu Redentor y goces de Dios para siempre.